

SECCION SEGUNDA.

DE LAS COMPOSICIONES ORATORIAS.

ELOCUENCIA ORATORIA, RETÓRICA.

499. «La *elocuencia*, dice Capmany, no es otra cosa, hablando con propiedad, sino el don feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo de los oyentes los afectos que tienen agitado el nuestro.»

Blair la define: «El arte de hablar de manera que se consiga el fin para que se habla.» Y luego añade: «Esta definicion comprende sus diversos géneros, ora se emplee para instruir, ora para persuadir ó agradar. Pero como el objeto mas importante es la conducta, y por consiguiente la persuasion, puede definirse la *elocuencia*, *El arte de persuadir*.»

El sentido mas usual de la voz *elocuencia* es el adoptado por Capmany. Ciceron parece considerarla de la misma manera cuando dice: *Quid est eloquentia nisi continuus animi motus?* Pero en algunos pasajes de sus obras entiende por *elocuencia* el *arte de bien decir*, ó el *arte de hablar oportunamente*; y otras veces, distinguiendo al hombre disertado del elocuente, solo da este nombre al que sabe exornar y engrandecer admirable y magníficamente toda clase de asuntos. A primera vista sorprende la variedad de definiciones que en los autores se encuentran; pero basta una ligera meditacion para que desde luego se note que la divergencia no está en el fondo, sino en la forma. Todas las definiciones pueden referirse naturalmente á una ú otra de las dos que acabamos de transcribir. La *elocuencia* no debe confundirse con la abundancia y facilidad en el hablar (*afluencia*, *facundia*), ni mucho menos con la *elegancia* del estilo. En castellano la palabra *diserto* jamás debe confundirse tampoco con la palabra *elocuente*.

500. No es lo mismo *convencer* que *persuadir*: la conviccion, según Blair, se ejerce en el entendimiento, y la persuasion se dirige á la voluntad, á la accion. La Academia de la Lengua da alguna mayor latitud al significado de la voz *persuadir*. «Es, dice, obligar á alguno

con el poder de las razones ó discursos que se le proponen, á que ejecute alguna cosa ó la crea.»

Convencer es, propiamente hablando, vencer con razones ó argumentos las resistencias del entendimiento: la duda ó la negacion. Enunciar ó explanar una verdad no es convencer. Si se trata de una verdad ignorada, instruimos; si se trata de una verdad conocida, comunicamos simplemente nuestros juicios. Aunque el sentido riguroso de la palabra *persuadir* es el fijado por Blair, se dice tambien que persuadimos cuando, no con sólidos argumentos, sino apelando á la imaginacion y á la sensibilidad, y á razones mas ó menos vagas, conseguimos un convencimiento ilusorio, ó mas bien la creencia.

501. No se limita la *elocuencia* á la palabra: el lenguaje natural expresa y difunde mas rápida y enérgicamente que la palabra misma los fenómenos de la sensibilidad.

Por esta razon decimos que son elocuentes el gesto, el semblante, las miradas, los gritos, las lágrimas, los suspiros. Puede haber *elocuencia* en las obras de la pintura y de la escultura y de la música: es elocuente el ejemplo; es elocuente el silencio.

502. Tampoco la *elocuencia* de la palabra se circunscribe á los discursos oratorios ni á la prosa; mas no puede negarse que su verdadero campo es el discurso oratorio.

La *elocuencia* resplandece en los rasgos aislados de la conversacion y en el diálogo dramático, en la narracion histórica, en la polémica científica, en las mas elevadas especulaciones filosóficas, en las ardientes páginas de nuestros ascéticos, en los cantos de Homero, de Virgilio ó del Dante, y en las divinas inspiraciones de los libros sagrados, como brilla en las arengas de Ciceron y Demóstenes, en la fogosa y arrebatadora palabra de los Santos Padres, ó en las sublimes aspiraciones de Granada, de Masillon y de Bossuet.

La *elocuencia*, como la poesia, penetra sin excepcion en todas las regiones del pensamiento. La poesia es la luz que hermosea; la *elocuencia*, el calor que vivifica ó la centella que destruye. La palabra muerta del libro no producirá jamás los efectos prodigiosos que en las asambleas numerosas produce la palabra improvisada y ardiente del orador que defiende con brio los mas grandes y mas caros intereses de los pueblos y de la religion, contra las asechanzas y esfuerzos de la ignorancia, del egoismo, de la ambicion y de la impiedad. El gesto, la fisonomía, la mirada, el tono de la voz, todo contribuye á grabar mas profundamente el sentido, y á avivar el calor de los afectos.

Por cuyo motivo, y por no separarnos del uso generalmente admitido, hemos juzgado conveniente hablar de la *elocuencia* en este tratado de las composiciones oratorias, á pesar de que en toda clase de composiciones tiene mayor ó menor cabida. Por la misma razon las voces *oratoria* y *elocuencia* se confunden frecuentemente, como cuando decimos *elocuencia forense*, *elocuencia sagrada*, etc.

503. La *elocuencia* es un *don de la naturaleza*, que se perfecciona

y desenvuelve por medio del *arte*. En los momentos supremos de la vida, siempre que una circunstancia extraordinaria conmueve profundamente nuestro ánimo, apenas hay hombre que no sea elocuente. Pero el arte, apoyado en la naturaleza, ha conseguido que la palabra humana, subordinada á la reflexion y dócil instrumento de la voluntad, se convirtiese en arma poderosa de la verdad, de la justicia, de la moral y de la religion.

De aquí ha nacido la *oratoria* (*ars oratoria*) ó arte de emplear el pensamiento y la palabra para la consecucion de un fin determinado, que generalmente es la aplicacion de la verdad (general ó concreta) á un caso particular, la realizacion de lo útil y de lo bueno.

Es indudable que los hombres rudos, los pueblos salvajes, ofrecen modelos de elocuencia natural, ó mas bien, de expresiones elocuentes; pero ni Demóstenes, ni Ciceron, ni Bossuet habrian podido componer el menor de sus discursos, sin la constancia, sin el amor al estudio y al arte, que no les abandonó un solo momento. En medio del furor de la pelea, de las conmociones populares, de las asambleas turbulentas, do quiera que se irritan y se desbordan con furioso impetu las pasiones, nacen de los labios mas rudos elocuentísimos rasgos dignos de transmitirse á la posteridad; mas para combatir frente á frente las preocupaciones hondamente arraigadas; para triunfar de la inconstancia de los atenienses y del oro de Filipo; para anonadar la osadía de un Catilina; para salvar á una nacion de una bancarota inminente; para sostener la causa de la desvalida Irlanda; para hacer resonar la voz de la religion en los pechos gangrenados por el vicio, la frivolidad y el escepticismo, no basta haber nacido con las dotes mas privilegiadas, sino que es indispensable una voluntad de hierro para el trabajo, porque solo á fuerza de largos combates y sufrimientos pueden adquirirse la ciencia, el conocimiento del hombre, y el libre imperio de la imaginacion, de las pasiones y de la palabra.

504. Por consiguiente, lo que mas *caracteriza* la oratoria y la distingue esencialmente de la poesia, es la subordinacion del pensamiento y de la palabra á un fin práctico, útil, y por lo tanto extraño al arte (la formacion de una ley, su aplicacion, la reforma de las costumbres, etc.).

Mas aunque no sea su fin directo la expresion de lo bello; aunque rigurosamente hablando, no pertenezca á las bellas artes; como, por otra parte, admite en la forma (plan, estilo) cierta libertad que no tolera la obra puramente científica; como para conseguir un fin determinado echa mano de todos los recursos de la imaginacion y de la sensibilidad, no cabe poner en duda que tiene grandes puntos de contacto con la poesia, y que merece un lugar muy preferente en los tratados de bellas artes en general, y especialmente en los de literatura.

«La *elocuencia* (*oratoria*), dice Kant, es el arte de dar á un ejercicio sério del entendimiento el carácter de un juego libre de la imaginacion: la *poesia* es el arte de dar á un libre juego de la imaginacion el carácter de un ejercicio sério del entendimiento.»

Hegel opina que «la idea de la elocuencia no debe buscarse en la libre organiza-

cion poética de la obra de arte, sino mas bien en la simple conformidad á un fin.»

El mismo pensamiento encierra la definicion de Blair, y de la misma manera la comprende Ciceron cuantas veces dice que todo el arte de la elocuencia se cifra en hablar oportunamente (§ 409).

El fin del poeta es la expresion de lo bello y el placer puro que lo bello produce; el fin del orador es la utilidad (el convencimiento, la persuasion): el poeta dispone libremente de los materiales de la obra; el orador, tanto en la eleccion como en la composicion, lo subordina todo al fin impuesto: el poeta se dirige principalmente á la imaginacion y á la sensibilidad; el orador somete la imaginacion y la sensibilidad á la razon, á las circunstancias. La-Harpe, en la introduccion del libro segundo, dice que, al dejar la poesia para tratar de la elocuencia, se le figura que pasa de las diversiones de la juventud á las graves ocupaciones de la edad madura, porque la poesia está dedicada al placer, y la elocuencia á los negocios. Señala los puntos de contacto que tiene la elocuencia con la poesia, reconociendo que el orador debe tener la imaginacion que pinta y mueve, así como el poeta jamás debe perder de vista la razon. Fenelon dice que la poesia no se diferencia de la elocuencia sino en pintar con mas entusiasmo y con rasgos mas atrevidos; pero luego rectifica ó limita esta idea, excluyendo del discurso todo lo que no tiene mas objeto que agrandar.

505. El discurso oratorio adquiere todavía un carácter mas peculiar, cuando el orador, frente á frente de un enemigo empeñado en sostener el combate, tiene que vencer fuertes resistencias, ya del entendimiento, ya de la voluntad. En la *discusion* despliega el arte oratorio todos sus recursos, y la elocuencia su poder.

Por esto se ha comparado la oratoria con la táctica, y es indudable que se notan mil puntos de analogía entre los principios fundamentales de ambas artes.

Una discusion es una batalla: un orador es un general que estudia el terreno, que mide las fuerzas del enemigo, que calcula las contingencias, que medita su plan, que avanza ó retira, que embiste de frente ó ataca por el flanco, que ora se presenta á campo raso, ora tiende lazos y arma emboscadas, que en los momentos criticos sabe olvidar el arte, y fiado en su genio, da un golpe atrevido y arrebatado la victoria.

Los sofistas griegos, mas ejercitados en el torneo que en el campo de batalla, abusaron de esta especie de estrategia oratoria. El justo desprecio con que los miró la escuela de Zenon no debe hacerse extensivo al arte en general; tanto valdria imputar á la dialéctica los abusos de la silogistica. Kant, al hablar de la importancia respectiva de las bellas artes, trata con cierto desden al arte de persuadir ó de *engañar por medio de una hermosa apariencia* (*ars oratoria*). Platon habia manifestado ya el mismo rigorismo; pero es inútil cuanto se diga, porque la imaginacion y la sensibilidad reclaman sus fueros, lo mismo que el entendimiento. Como no se cambie la naturaleza del hombre; como no se destruyan su fantasia y sus pasiones, la elocuencia será, conforme dijo Eurípides, *la soberana de las almas*. La oratoria es un arma ofensiva y defensiva: en manos del asesino es instrumento de mal; en manos del noble caballero defiende la justicia y señala el camino del heroismo. Lo propio sucede con la ciencia, con la poesia, con todas nuestras facultades y con todos nuestros medios de accion.

506. Otra de las causas que mas influyen en el carácter especial de

las composiciones oratorias, es la circunstancia de pronunciar ante un *auditorio* mas ó menos numeroso. La emocion se trasmite rápidamente del orador á los oyentes, y de estos al orador, y parece que su intensidad aumenta en razon directa del número de personas que la experimentan.

Los movimientos apasionados y vehementes, que electrizan á una asamblea muy numerosa, parecerian los arrebatos de un loco si se empleasen en una reunion de pocas personas, y comunicarian al estilo de un libro un tono afectado y declamatorio.

Los tribunales, el templo, las asambleas politicas, la plaza pública, el campo de batalla, son los grandes teatros donde vuela á conquistar sus laureles la elocuencia. O'Connell fué mas grande en los *meetings* que en el Parlamento; la antigua tribuna de las arengas, elevándose sobre las inconstantes oleadas de la muchedumbre, era mas propia de la elocuencia fogosa y arrebatadora, que los escaños de los tribunales y congresos modernos.

El escritor parece que se dirige individualmente á los lectores; el orador se encuentra en comunicacion directa con la entidad llamada *público*, y esta sola circunstancia releva la importancia de su palabra.

En la obra dramática, escrita para ser representada ante un público numeroso (§ 417), el poeta y el espectador mismo desaparecen: en la composicion oratoria, por el contrario, se manifiesta en todas sus partes de una manera profunda la personalidad del orador, y su relacion directa con el auditorio. Ya que en otra ocasion notamos los puntos de afinidad entre el poema dramático y el discurso oratorio, convenia ahora fijar la atencion en esta diferencia radical que los separa. El lenguaje vulgar sabe apreciarla cuando distingue al *público* ó *espectadores* de un teatro, del *auditorio* ó de los *oyentes* á quienes se dirige el orador. *Habet enim multitudinem quamdam talem, ut quemadmodum tibi sine tibi canere, sic orator, sine multitudine audiente, eloquens esse non possit.* (Cic., *De orat.*, II, 85.)

507. Por último, la *improvisacion* es el complemento, el alma de la composicion oratoria. El discurso que se recita de memoria ocupa un término medio entre las obras destinadas á la lectura y las oraciones improvisadas.

Pero si el orador no posee en un grado muy eminente el difícil arte de la declamacion, la pronunciacion impresiona mucho menos que la lectura, y puede, cuando es muy defectuosa, destruir completamente el efecto de los mas elocuentes discursos. Los oradores que escriben de antemano sus arengas, son generalmente frios y afectados, porque los esfuerzos de la memoria literal fatigan y oscurecen el entendimiento y entibian los afectos.

El que recita de memoria, estableciendo una especie de divorcio entre el pensamiento y la palabra, convierte fácilmente su carácter de orador en el de un mal cómico. Por el contrario, el que despues de una meditacion profunda ha conseguido dominar una materia, ha ordenado el plan é ideado interiormente la forma mas conveniente, se entrega, lleno de confianza, á la inspiracion del momento. Los mismos esfuerzos de su entendimiento en el instante de la creacion animan su mirada é inflaman su pecho: la idea, la palabra, el tono de la voz, la expresion del semblante, la accion, todo nace á un tiempo y se manifiesta espontáneamente unido por el misterioso lazo de la vida.

En el discurso recitado esta union no puede ser tan espontánea, porque no es producto de la naturaleza, sino del arte. Un mediano discurso improvisado cautiva mas la atencion del auditorio que un buen discurso dicho de memoria.

Por otra parte, en ciertos géneros de elocuencia la improvisacion es una necesidad. ¿De qué le serviria al orador politico escribir las mejores arengas, si careciese del arte de la improvisacion? La necesidad de contestar á un argumento no previsto, el nuevo giro dado á la discusion, las mil circunstancias que impensadamente sobreviniesen, podrian inutilizar del todo su obra. El orador recibe á veces del auditorio mismo sus mas brillantes inspiraciones. Además de qué el auditorio no es una masa inerte, que pueda moverse al capricho de ningun hombre: en el retiro del gabinete será posible calcular, mas no decir fijamente qué especie de resortes convendrá tocar. El orador cede á veces, para mejor conseguir su objeto; no intenta caminar contra el viento de las pasiones; antes sigue su curso, y como experimentado piloto, aprovecha su fuerza, y libra la nave del naufragio. «Para persuadir á los demás, dice Villemain, es preciso pensar juntamente como ellos y al mismo tiempo que ellos.»

508. La *retórica* es la teoría de la oratoria ó de la elocuencia, de la misma manera que la poética es la teoría de la poesía (§ 7). Ciceron y Quintiliano dividieron la retórica en cinco partes: *invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion.*

Esta division es sumamente filosófica y aplicable, en cuanto á sus tres primeros miembros, á todos los géneros literarios, puesto que para componer una obra es preciso reunir antes que todo los materiales, disponer luego el plan, y cuidar, por último, de embellecer convenientemente la expresion. Y supuesto que el discurso oratorio, ya escrito, ya improvisado, debe pronunciarse en público, es indispensable tambien que el orador adquiera todo el imperio posible sobre la memoria voluntaria, y que dé á la voz, al semblante y al gesto una forma artística, natural y adecuada al discurso.

Aristóteles no expone formalmente esta division; pero, exceptuando el tratado de la Memoria, la sigue en su obra, y en varios pasajes la indica de un modo bastante explicito (lib. 5.º, cap. 1). En el cap. III, libro 3.º de las *Instituciones oratorias*, da Quintiliano una breve noticia de las opiniones de algunos retóricos acerca de esta cuestion de método.

Oportet igitur esse in oratore inventionem, dispositionem, elocutionem, memoriam et pronuntiationem. Inventio est excogitatio rerum verarum aut verisimilium, quæ causam probabilem reddant. Dispositio est ordo et distributio rerum; quæ demonstrat, quid quibus in locis sit collocandum. Elocutio est idoneorum verborum et sententiarum ad inventionem accomodatio. Memoria est firma animi rerum et verborum et dispositionis perceptio. Pronuntiatio est vocis, vultus, gestus moderatio cum venustate. Hæc omnia tribus rebus assequi poterimus, arte, imitatione, exercitatione. (Cic., *Ad Her.*, lib. 1.º, cap. II.)

509. Sin desviarnos en la sustancia del sistema tan sábiamente adoptado por los antiguos maestros del arte de bien decir, dividiremos esta seccion en tres capítulos. Trataremos:

- 1.º Del orador y del auditorio.
- 2.º Del discurso oratorio.
- 3.º De los distintos géneros de composiciones oratorias.

CAPITULO PRIMERO.

DEL ORADOR Y DEL AUDITORIO.

I. — CUALIDADES DEL PERFECTO ORADOR.

510. El orador perfecto debe, en concepto de Ciceron, reunir á las cualidades del filósofo las del poeta y las de los grandes actores.

Además de una *razon* sólida, de un espíritu generalizador, analítico y metódico, de un juicio rápido y seguro; además del *ingenio* y *cautela* del dialéctico, debe estar dotado de una *imaginacion* rica y viva, y de un *corazon* tan lleno de los mas suaves y penetrantes afectos, como de las pasiones mas fogosas y arrebatadoras, y por último, de un *natural comunicativo* y simpático (*facilitas*), con que atraiga y cautive los ánimos.

Por medio del estudio de la filosofía y de las ciencias en general deberá cultivar el orador su inteligencia: la dialéctica aguzará su ingenio, la psicología y la filosofía moral le enseñarán á conocer al hombre, y segun el género de elocuencia á que se dedique, las ciencias políticas, la legislacion, la jurisprudencia, la teología serán como el punto céntrico de sus meditaciones. La contemplacion de la naturaleza y de la vida humana, la historia, las artes, la noble ambicion de la virtud y de la gloria, encenderán su fantasia y su corazon.

Ciceron repite mil veces que en la escuela de los filósofos, y no en la de los retóricos, es donde debe aprenderse la verdadera elocuencia. Pericles oyó á Anaxágoras, y Demóstenes á Platon. El mismo orador romano fué á Grecia á buscar los tesoros de la filosofía. *Positum sit igitur in primis sine philosophia non posse effci, quem quærimus, eloquentem: non ut in ea tamen omnia sint, sed ut sic adjuvet, ut palestra histrionem....* (ORATOR., 4.)

Completarán esta educacion intelectual el estudio de la retórica, y sobre todo, de la parte mecánica de la elocucion, la atenta análisis de las oraciones mas notables, entre las cuales debe elegirse una que sirva de término general de comparacion, y luego un ejercicio bien dirigido, que en ningun género literario es tan indispensable como en el oratorio; porque la improvisacion, además de un largo y penoso

trabajo anterior, tanto en el juego de nuestras facultades intelectuales como en el uso expedito del lenguaje, requiere una facilidad, que solamente se consigue á fuerza de hábito.

En la obra titulada *Elocuencia é improvisacion*, publicada por Paignon bajo el pseudónimo de Gorgias, se encontrarán brillantemente explanadas todas estas ideas relativas á la educacion oratoria.

511. Una *memoria firme y pronta* es otra de sus cualidades indispensables. La memoria lenta y perezosa, que exige grandes esfuerzos de concentracion; que solo vive y fructifica en medio de la soledad y del silencio; que busca con frecuencia el auxilio de las apuntaciones y medios artificiales, puede bastar al escritor; mas no al orador, puesto que la oracion pública no permite repasar el camino andado, ni comunicado el primer impulso, consiente la menor detencion. Y no solo debe el orador recordar prontamente las cosas mismas, sino tambien el orden con que las dispuso en el momento de la premeditacion, así como las transiciones y los diversos matices que conviene dar al estilo.

La memoria es un auxiliar necesario y poderosísimo de todas las demás facultades. ¿De qué nos serviría poder observar los objetos externos y los fenómenos interiores del alma, si careciésemos de la facultad de recordar nuestras impresiones y nuestros juicios? Considerada en general la memoria, es absolutamente indispensable á todo escritor, y bien merece llamarse el tesoro de la elocucion; pero tiene que cultivarla mas especialmente quien aspire á orar en público, para que con la fuerza del hábito llegue á convertirse en obediente y activa sierva de la voluntad.

La memoria del plan del discurso y de las transiciones es la que mas debe cultivarse en la oratoria, y la que revela en el orador un completo dominio de sí mismo y del asunto. En cuanto á la memoria literal, que recomienda Quintiliano mas de lo justo, y á la memoria de frases, figuras y lugares ó periodos redactados de antemano, mas perjudica que favorece. En la oratoria siempre producirá mejor efecto la expresion improvisada.

Las formas del raciocinio, del estilo y del lenguaje, atesoradas durante un estudio de largos años, ocurren fácilmente en el calor de la improvisacion, cuando la timidez, la falta de práctica, la escasez de conocimientos ó la poca inteligencia del asunto no les atajan el paso. Ciceron aconseja escribir y aprender literalmente las introducciones; porque una vez dado el impulso, la palabra corre fácilmente, «como la nave, que sigue su camino aun mucho tiempo despues de quitados los remos.»

De todas las facultades del alma esta es la que mas apoyo puede encontrar en los medios artificiales: de aquí ha tenido origen la ciencia llamada *Memoria thénica* ó *memotécnica*. Todo este arte estriba en asociar las ideas de las cosas que recordamos con dificultad, con las ideas de cosas sensibles y muy familiares para nuestro espíritu; en unir mentalmente el orden ideal con el orden material ó local; el plan de un discurso, por ejemplo, con la planta de un edificio. Pero, mas que á estas asociaciones accidentales, debidas al artificio, debe acostumbrarse el entendimiento á asociaciones fundadas en el íntimo encadenamiento de las ideas. De otro modo, se adquiere una memoria pueril y frivola, á costa de otras cosas mas útiles y positivas.